

Los Recuerdos de Kuroin: El Ciervo y El Grifo sin Alas

En una tierra distante y alejada de cualquier otra y de difícil acceso, aislada por muros infranqueables de ladrillos de roca tan altos como montañas y escarpadas montañas tan altas como el cielo y un mar insondable y tan profundo como ninguno, se encuentra esta tierra desolada, baldía, casi yerta en su totalidad en la cuál los hombres parten en busca de conocimiento para aprender sobre la vida y vencer sus propios demonios, encontrando fuerza en sí mismos por los peligros que se yacen y acechan escondidos en cada rincón de estas tierras. En las zonas más alejadas de la Amertazara, donde la tierra, el fuego el mar y el cielo se mezclan dando como resultado una terreno considerada por algunos, sagrada y por otros maldita. Prohibido su paso si no se es llamado a ella y sellado el destino de cualquiera quien se adentre sin permiso. Las constelaciones se deformaban en un cielo sin estrellas y con una luna en el cielo. Las nubes quedándose estáticas en el firmamento y los rayos del sol iluminando en el alba. Los días sintiéndose extraños, tan rápidos a veces como un fugaz parpadeo y tan lentos que las horas de luz parecen nunca agotarse. Las noches, temores y espantos cobraban vida en las noches, ni siquiera logrando dormir puedes escapar, las pesadillas te persiguen. Pero no todo es horror y desconcierto en las tierras lejanas. Son pocos los valientes que realizan el viaje para cruzar las puertas de ese reino y adentrarse en él, mucho no vuelven, y sólo muy pocos guerreros de algunos pueblos han logrado sobrevivir y volver, sin embargo, no todos pudieron encontrar lo que buscaban. Kuroin, miembro de la tribu de los Ruraks lo logró y el día que volvió a su pueblo para demostrar a todos que había aprendido sobre la vida todo el mundo lo recibió con vítores y alabanzas, llegó curtido de sabiduría y experiencia por sus tres años en esa tierra lejana. Ya de eso han pasado muchos años, y ahora Kuroin, vive su vida en una choza en una montaña donde pasa el resto de sus días recolectando y cultivando su propia comida, tallando estatuillas de madera, piedra y otros materiales y traspasando su sabiduría de años sobre este mundo, siendo venerado como un gran maestro de la espada, un guerrero con

experiencia y un sabio entre los hombres, pero más que nada un contador de experiencias. Cada día, los niños del pueblo suben la montaña para escuchar de Kuroin sus vivencias, que a lo largo de la vida había tenido muchas, pero las que más gustaban entre los niños, eran las ocurridas en las tierras lejanas.

Estaba dentro de su choza, una pequeña y rudimentaria chabola hecha de madera con algo de barro y paja, tan simple en su construcción que hasta parecía desfasada en comparación con las modernas casas que habían en el pueblo a los pies de la montaña. Su casa era tan rústica y desprolija que siempre necesitaba de reparaciones constantes, pero esto a Kuroin no le importaba, eso lo mantenía ocupado y no le tomaba mucho esfuerzo y pese a las condiciones del clima, sean favorables o no, Kuroin le había puesto cuidado a la construcción de su hogar, que pese a las lluvias no se deshacía por completo y pese a los vientos no se desprendía del suelo; ni el intenso calor del verano la lograba volver polvo agrietándola hasta que el mismo techo de paja se calentara tanto que hasta casi se incendie. Kuroin vivía tranquilo en su choza, dormía en su hamaca que se erguía en dos fuertes troncos que otrora fueron árboles y que servían como columnas de su hogar. Mantenía sus utensilios de trabajo en una mesita de a un lado para trabajar desde la hamaca y cuando terminaba lo colocaba sobre las múltiples repisas que tenía junto a la cuál estaban su antiguo arco, dentro de la choza había una alfombra para sentarse en el suelo, una mesa de trabajo para tallar junto con una silla al lado de su chimenea en donde cocinaba y por la cuál siempre escupía humo para indicar que Kuroin estaba dentro, también era casi su única fuente de luz, esa y unas velas colocadas en las repisas además de una única ventana que solía mantener cubierta al lado de la puerta de su choza. Desde el poblado se veía a la distancia su casa y su columna de humo subir hasta el cielo y al contrario, desde su choza, se podía ver el pueblo en su extensión junto con las tierras que les pertenecían a su tribu. La gente iba y venía de un lado para el otro viviendo sus vidas tranquilamente, los niños correteaban a las gallinas y jugaban apaciblemente. Eran tiempos de paz, hacía mucho tiempo que las guerras de clanes se habían acabado y las tribus, separadas, pero unidas por costumbres e idiomas se mantenían unidas sabiendo que en momentos de problemas podían contar la una con la otra. Unos niños, deseosos de escuchar una historia de Kuroin, subieron la montaña para llegar hasta él, siempre que subían le llevaban alguna cosa de comer o algo que le sirviera en su vida a la intemperie. Kuroin estaba viejo, ya tenía muchas arrugas en su cara, tenía movimientos lentos y prácticamente todos los efectos de la edad estaban sobre él. Usaba un bastón con una protuberancia grande en la parte

superior para poder moverse y a pesar de que no lo necesitara, le ayudaba mucho para varias cosas, había cambiado sus armas por su bastón, como ocurre con todo el mundo, pero seguía lúcido y con fuerzas para seguir viviendo solo por un tiempo más, sin dudas ya no era aquél joven muchacho que antes cabalgaba en su montura sin miedo ni promesas. El explorador de antaño que vivía para la aventura. Ya tenía unos 80 años, y había vivido una vida plácida, llena de combates y de momentos de gran aprendizaje.

Kuroin atizaba el fuego tranquilamente, estaban en épocas de frío, había un pequeña capa de nieve que cubría gran parte del suelo y el techo de su choza, todos en estas épocas traían sus ropas invernales que cubrían gran parte de su cuerpo, todo contrario a los tiempos de verano con sus ropajes más cortos en las extremidades articuladas que era usual en el pueblo, una marca de generaciones por generaciones, como el sello de las ropas que todos traían encima. Traía los vendajes cubriéndole las manos ya que no le gustaba usar guantes, unas botas de piel de animal bovino curtido y una chaqueta que lo abrigaba tanto por las noches sin importar lo mal que estuviera el clima. Kuroin, estaba tranquilo como siempre en su choza, desde hacía ya mucho tiempo que no salía a vivir aventuras como antaño, se limitó simplemente a permanecer en su pueblo, alejado del bullicio de las personas, atesorando esa tranquilidad que la soledad trae, pero nunca sintiéndose solo, pues tenía un perro que lo acompañaba en sus idas y venidas a buscar comida y leña y materiales para la casa. Algunas piedras y pedazos de madera para tallarlas y hacer esculturas de las criaturas con las que se enfrentó en las tierras lejanas y los fuertes guerreros en las guerras y batallas que tuvo.

En otros tiempos, Kuroin era un joven muchacho de unos veinte pocos cuando empezó su viaje a las tierras lejanas. Junto con otros como él que querían saber sobre la vida, obtener sabiduría se dirigió a esas tierras, muy pocos lograban llegar y muchos menos volvían y casi nadie lograba cumplir su propósito, las adversidades que ocurrían dentro de esas tierras eran un misterio para todos, no importa que contara, todo sonaba y era tan irreal que nadie podía creerlo, pero lo que sí sabían, es que era peligroso ir allí. Para combatir en esos lugares, los pueblos tenían unas armas sagradas que les ayudarían en el proceso de su aventura, armas que guardaban en un santuario en cada pueblo. Siempre que un guerrero iba aventurarse a lo desconocido, se le otorgaba el arma con cuál podría defenderse allí para dañar a las criaturas de esos reinos olvidados y reclamados por el olvido. Cuando un guerrero fallecía en su travesía, la espada

volvía a su santuario en el mismo lugar indicando una pérdida en el pueblo, nadie sabía cómo ocurría esto, pero así siempre pasó.

En su juventud, Kuroin, no era muy alto, de estatura promedio en su aldea, y tampoco era el más fuerte de todos o tampoco el más fiero a la hora de las peleas, pero si el más perseverante, más astuto y siempre lograba vencer haciendo uso de eso mismo, si algo entendió bien, era que entre más grande el enemigo, más fuerte cae y eso en las tierras lejanas lo entendería muy bien. Se entretenía escalando montañas, relajándose en los árboles, tranquilo, en silencio, no era alguien de muchas palabras, es más, se le conocía como Kuroin porque en su pueblo, Kuroin significaba "el que está callado o en paz", nombre que se gana cada quien con el pasar del tiempo en el pueblo, justo cumplidos los veinte años se le nombra de alguna forma que se le crea reconocible. Y ningún rasgo era más reconocible para Kuroin que ese mismo, ni su gusto por cabalgar, ni su puntería certera, ni su tendencia a la exploración, en su mayoría, Kuroin siempre se la pasaba callado, tranquilo e impasible.

Parte de su vida, Kuroin estuvo cabalgando, y es que si no se hubiera llamado Kuroin, le hubieran llamado Katelfor que significa "el que cabalga mucho", porque cuando no estaba solo en las montañas o en los árboles relajándose, estaba cabalgando con cualquier caballo que se le presentara en frente, tenía fascinación con los caballos, no desaprovechaba oportunidad para trotar y correr sobre uno. Siempre se metía en problemas por ello, Kuroin nunca tuvo la oportunidad de tener una montura propia por no tener la edad indicada en la aldea, tener un caballo era una responsabilidad que podía tener mucho peso para los jóvenes y por costumbres algo obsoletas, no fue hasta que partió a las tierras lejanas que se le dio un caballo. Por eso, cuando a Kuroin le prestaban un caballo lo aprovechaba al máximo, tanto así que se iba por días enteros del pueblo en con el caballo sin decirle a nadie para disfrutarlo mejor y luego volver, por cosas como esas Kuroin tuvo problemas y no fue sino hasta que le castigaron de no poder montar más caballos hasta que aprenda la lección que dejó de hacerlo, pasó un año entero sin poder montar y el día final de su castigo se le recompensó con una yegua marrón, a la que llamó "Rodas".

Otra de las actividades favoritas de Kuroin era la arquería, se convirtió muy joven en un arquero excelente uno de los mejores de todo el pueblo y hasta incluso de la región en donde se encontraban. De entre los siete pueblos que conformaban el pacto de los del medio. Era un maestro con las flechas. Su puntería era tan buena que hasta incluso en cabalgata podría darle al blanco, y hasta parado en el caballo trotando era intachable su habilidad. Por eso, y por

su paciencia a la hora de efectuar sus tiros, Kuroin era llevado a cazar constantemente, se le veía un buen futuro a Kuroin en el pueblo, los más ancianos lo sabían, se convertiría en un grande y es posible que tuviera la oportunidad de volver de las tierras lejanas si era elegido por las llamas del Berdúl.

Como no podía ser otra cosa, Kuroin también se entrenó como guerrero de su pueblo, tenía intención de protegerlos a todos y a él mismo, sabiendo que las cuestiones geopolíticas podrían cambiar en cualquier momento por los invasores del norte, los siete pueblos del medio se mantenían a la espera de los ataques. Pero la guerra no estalló sino hasta después de la vuelta de Kuroin, dos años después exactamente. Se le entrenó en el arte de la espada y la lanza y pese a no ser tan bueno como con el arco o la montura, Kuroin tenía buenas bases para poder defenderse y con su ingenio, hasta los enemigos más formidables podían ser derrotados.

Las siete aldeas del medio que conformaban una unión conocida como, el clan Baráktu, que era un pueblo dispersado por una región media del área conocido como Amertazara, de incontables batallas cuenta la Amertazar, el continente ha albergado a un sin fin de grupos de personas que han batallado entre ellos o con las criaturas que allí habitan. Una tierra con montañas altas, grandes praderas, lagos, ríos, bosques espesos y completamente llena de vida, en donde habitaban los clanes del norte, los del sur los del oeste y los Baráktu en el medio. Los Baráktu tenían tradiciones muy antiguas, que iban desde las simplezas de los hombres vestir en pantalones y las mujeres en vestido como la búsqueda del guerrero Dará, que en su lengua significaba "capaz". Cada aldea era independiente la una de la otra, pero todos permanecían unidos al ser un mismo clan, estas aldeas eran; Babaorum, Aquarium, Matorum, Escarum, Laudanum, Osterium y Petibonum; siendo Escarum la aldea donde Kuroin residía y la más ubicada al este, la más próxima a las tierras lejanas y la más pequeña de entre todas. Cada aldea estaba en contacto con las demás y entre todas se ayudaban, más aún con el peligro que los pueblos del norte podían estar buscando una guerra contra ellos. Habían sido los primeros en llegar a Amertazara y habían convivido con el lugar por más tiempo que los demás, con diferencias de siglos antes de la llegada de los demás clanes. Los otros clanes que conformaban el plano geopolítico de la Amertazara profunda eran los siguientes:

Los del norte eran los Rakutaia, los más fieros en batalla, a pesar de ser la más nueva de todos los clanes eran los más feroces y los menos asiduos a la

conversación que a las armas. Eran estrategas y formidables en combates, nunca se lanzaban a batalla sin un plan para vencer, sus ataques devastaban y su sola presencia asustaba. Vivían en una tundra y una zona montañosa que abarcaba una gran extensión, divididos en cuatro tribus con sus respectivas aldeas; Amera, Glatiskera, Vemtura y Postimbrera, tenían más diferencias que cosas en común, pero su pasión por la batalla era lo que los mantenía unidos. Los del sur eran por así decirlo, los más tranquilos y al mismo tiempo los más audaces constructores de toda Amertazara, sus imponentes ciudades se extendían tanto a la ancho como a lo alto, pues, no es por nada, pero grandes eran las edificaciones que se erigían en sus tierras. Su clan, los Mobún, se componían de ocho tribus repartidas en doce aldeas y una capital, que conformaban ciertos nombres diferentes, eran más avanzados en cuanto a tecnología en contraposición con cualquier otro clan en toda la Amertazara. Vivían en zonas llanas, barrancos, montañas, desiertos áridos, cañones, bosques y en prácticamente toda la Amertazara del sur en su gran extensión siendo las doce aldeas cada una independiente de la otra y al mismo nivel, pero siendo la capital, su centro en el sur, siendo rodeada por todas y cada unas de las aldeas en sus extremos como un reloj. Esta capital vendría componiéndose como la fuente de toda la sabiduría Mobún, que así mismo llamaban a la capital. Las aldeas correspondían los nombres de; Daral, Berenúk, Vardial, Shagutei, Bangrilá, Chiral, Dinengfo, Ponveno, Lineria, Fencasul, Olenetiev y Eskimal . Cada una de esas aldeas estaban repletas de construcciones únicas y magníficas que le daban estatus al clan Mobún. Y por último, el clan del oeste, conocidos como los forasteros, o en Rurak, “avenatur”; poco se conocía de este clan, siendo un misterio sus tradiciones y costumbres para todos los demás clanes. Sólo se le conocían una ciudad poblada y su lengua, su poco trato con los demás clanes hizo que se creara un halo de incertidumbre y curiosidad por parte de los demás clanes, mucho más por los constructores del sur al ser los más cercanos a estos. Su única aldea conocida era Vancometir, era de considerable tamaño y fuertemente resguardada.

Kuroin seguía tallando con su cuchillo, una pieza de metal con un filo ya un poco gastado por los años, era un cuchillo antiquísimo, no su primer cuchillo para tallar, en realidad, era ya el octavo, pero sí uno de los mejores que había tenido. Un herrero, uno de los mejores en su tiempo hasta su muerte lo creo especialmente para él. Kuroin tallaba un pequeño ciervo en sus manos, usó madera de carda para la escultura, una madera dura y resistente al paso del

tiempo, el agua y con la misma que estaba hecho su arco que se encontraba en las repisas de su choza. Los pasos del cuchillo eran tranquilos y ligeros, Kuroin llevaba años practicando este arte y se había vuelto un experto a punta de fallas, incontables figuras de madera acabaron como alimento del fuego de su chimenea y la gran cantidad de rocas que no quedaban como le gustaba se volvían soportes de su choza. Todo lo que hacía Kuroin se reciclaba, nada se desperdiciaba, aún cuando su utilidad no se encontrara en un principio, el viejo Kuroin encontraría el uso para eso. El ciervo quedaba cada vez mejor y mejor, sus patas, su cuerpo y su cabeza, con la curvatura de su cuello apuntando a un punto en específico a la izquierda, a medida que pasaba el cuchillo lo veía más claro, tan claro como sus recuerdos. Esa figura ya tenía tiempo que la hacía, Kuroin siempre volvía hacer sus figuras, ya sea para mejorarlas o simplemente por entretenimiento, y el ciervo, una de sus figuras favoritas, siempre repetía el ciclo de tallado, estar en la repisa principal de Kuroin por un tiempo y luego ser consumida por las llamas para volver a repetirse. La repisa principal de Kuroin era la más pequeña de entre todas, y estaba justo en frente de su hamaca, allí ponía a todas las cosas que vivió y le dejaron una marca en su vida; su primera montura y demases acompañaban al ciervo para la vista de Kuroin antes de irse a dormir, vista que poco a poco se iría mermando pero pese a todo, aún se mantenía.

En la chimenea, al fuego, estaba el café y un caldero con oro derritiéndose, a pesar de ser venerado y mantenido como uno de los grandes de su aldea, Kuroin vivía autosuficiente a base de su oficio, tallar figuras en madera, piedra, cristales y oro, esta última siendo la que más difícil le costó al ser el oro un material que sólo se trabaja a temperaturas tan altas, Kuroin en un principio tendría que fundir el oro en la caldera adentro de su hogar y luego salir para usar el gran fogón a leña que tenía para trabajarlo, a veces le incrustaba piedras preciosas que encontraba o que le daban los compradores, pues Kuroin tallaba el oro y cobraba por ello para seguir haciendo más figuras en oro, ya los demás agregados eran de parte de los que le pedían una figura. Era tan conocido por sus trabajos en oro que hasta miembros de otras aldeas iban a pedirle a Kuroin que les tallara en oro, sus peticiones solían ser atendidas, puesto que a Kuroin no lo visitaban muy seguido y a pesar de todo, el trabajo en oro se le hacía más fácil que los otros. Algunos incluso le daban oro de más a modo de pago, pero Kuroin, siempre justo, se los devolvía a sabiendas de que sólo necesitaba un poco de oro para realizar las figuras.

El café por fin empezó a hervir y ese fue el momento para despertar de sus sueños. Kuroin dejó su trabajo en la mesa, se dirigió a la chimenea, sacó su tetera del fuego como ya estaba acostumbrado y empezó a servir su café en un vaso de madera, su fiel acompañante en los largos días de frío. Se sentó en una silla cercana a su mesa de trabajo y empezó a tomar su café con dos manos, hacía algo de frío adentro a pesar de estar abrigado, tener la chimenea encendida y que el calor de su café se sintiera en sus manos por el café. Miró expectante su trabajo, otro ciervo más, ¿cuántos había hecho? ¿Cuántos más haría? ¿Alguna vez se conformaría con uno o tendría que hacer el mejor ciervo o el más cercano a ese que vio en las tierras lejanas? Su mente siempre se ponía de esa manera cuando le tocaba hacer ciervos, en sí, era su figura favorita y la que más disfrutaba realizar. Así se mantuvo Kuroin por un rato hasta que oyó pasos cercanos a su choza. Sólo había que esperar a que tocaran, se oían las risas y los trotes, ruido de voces, eran varios los individuos, por lo que se podía intuir eran niños en busca de una de sus historias, llevaba generaciones enteras contando sus historias, Kuroin tenía muchas que contar, al ser su año de retiro definitivo a los sesenta años, pero pese a todo, aún viejo, contaba alguna historia vivida recientemente. Los ruidos cesaron. Se oyó un golpe en la puerta. Uno de los niños allí reunidos habló.

—Virló Kuroin —“virló” era una forma respetuosa de referirse a alguien por parte de los Ruraks, siendo esta más utilizada para referirse a alguien mayor, ya sea en autoridad o en edad—. Por favor, ¿podemos escuchar alguna de sus historias? —se le escuchaba la voz un poco asustada, no quería molestar a Kuroin por si estaba haciendo algo importante, pero esta era la hora justa en la cual Kuroin aceptaba contar historias, era valiente al atreverse a hablar por todos los demás niños, no era una voz que Kuroin reconociera, a lo mejor eran niños que escucharían por primera vez alguna de sus historias, a veces ocurría que niños que no conocían a Kuroin a demás de lo que les contaban en el pueblo se acercaban a su choza para escuchar sus historias, pero ya sea por miedo o por no querer molestar no tocaban a su puerta y simplemente esperaban a que Kuroin saliera de su choza, no ocurría muy seguido, pero en ocasiones se topó con que un niño se quedara hasta la noche esperando a que saliera de su choza.

—Si es que es tiene tiempo y le es posible contarla, Virló Kuroin —volvió hablar el niño pensando que había sido muy grosero al no pensar en si Kuroin tenía trabajo pendiente, pese a que todos en el pueblo les decían que a las horas en las que estaba, Kuroin solía estar desocupado y podía contar historias.

Kuroin dejó su vaso con café en la mesa, se levantó de su silla y tomó su bastón apoyado en la mesa, dio dos pasos hasta la puerta y la abrió para encontrar a cuatro niños, tres niños y una niña enfundados en ropas invernales esperando su respuesta. Kuroin los vio a los cuatro, todos se escondían detrás del niño que tocó la puerta que estaba frente a Kuroin, se le notaban los nervios en sus caras. La niña escondió su rostro en sus manos por pura pena, no quería molestar al Virló Kuroin, ella ni siquiera quería estar allí, fue arrastrada con el grupo por el niño que tocó la puerta y por la curiosidad, pero parecía que la pena le estaba ganando la batalla, lo contrario a los niños de en medio que simplemente estaban tensos ante cualquier gesto de Kuroin, ya sea por si gritara o si los quisiera golpear con su bastón por molestarlo ellos correrían, pero tenían la mala fortuna que aunque quisieran, sus piernas estaban paralizadas por el miedo y el frío. Kuroin miró a cada niño por separado, no reconocía a ninguno. Los de en medio traían algo entre manos, lo más seguro es que un regalo, una ofrenda, comida o algo útil para Kuroin, se había vuelto costumbre y más que nada una leyenda de que si vas a donde Kuroin le debes llevar algo que le sirviera para que te contara su historia; esto a Kuroin no le gustaba, pero lo aceptaba igualmente, siempre había algo que le trajeran que le podía servir y con su vejez, aprovechaba cada oportunidad de ayuda que se le ofrecía para no tener que esforzarse tanto, aún así, le gustaba conseguir sus cosas por su propia cuenta. Otra de las razones por las que Kuroin no lo aceptaba era porque le hacía parecer como una de esas criaturas de los viejos cuentos Ruraks, que sólo aceptaban ayudar si se les ofrecía algo que quisieran, Kuroin no era así, él estaba vivo y no era místico, le parecía extraño que los niños del pueblo y algunas otras personas de los demás pueblos lo trataran como un ser casi espiritual. Nada más podía hacer Kuroin sino reír de tales eventos y aceptar lo que le trajeran. En un principio esto no le gustaba, pero con el pasar de los años comprendió que sería mejor aceptar lo que le traigan, ya no sólo por el pasar del tiempo sobre su cuerpo, también estaba el otro lado, en vez de ser alguien benevolente a quien se le daban ofensas se convertiría (por parte de los demás) en alguien con irascible desprecio a los que le trajeran cosas y mucho peor si estas no le servían. Así tuvo que comprender a las gentes de otros pueblos y a los niños. Entonces, Kuroin habló.

—En estos momentos no tengo nada que hacer —volteó a ver su mesa de trabajo y a su figura del ciervo que aún le faltaba por terminar, pero podía continuarla en cualquier otro momento. Se volvió a los niños—, pueden entrar y escuchar alguna historia.

Kuroin dejó entrar a los niños a su choza, usualmente entraban más niños, cerca de ocho o diez, lo que hacía que su choza que ya de por sí era pequeña, se sintiera aún más pequeña al tener tanta gente dentro. Kuroin les dijo que se sentaran en la alfombra, cerró la puerta les preguntó si alguna vez habían escuchado alguna de sus historias, los niños respondieron que no. Y tendría sentido, el único que contaba sus historias era Kuroin, más nadie lo hacía con la calidad de detalles que Kuroin contaba, también, se volvió una tradición que Kuroin contara sus historias a los niños de cierta edad, porque algunas no eran aptas para todos, siendo la edad recomendada, once años como mínimo. De allí en adelante todo el mundo podía escuchar sus historias. Les preguntó su edad a lo cual todos respondieron que once años. Kuroin los vio con más detenimiento, dentro de su choza la luz era menor que afuera. Por último, Kuroin les preguntó sus nombres. El niño que tocó la puerta era altivo y el que más fuerte hablaba, el miedo que en un principio tenía se desvaneció, su nombre era Traca dul Sidenfó (siendo “Sidenfó” el apellido de la familia del niño y “Traca dul” primogénito o hijo primero); luego respondieron los otros dos niños, sus nombres eran Traca dul y den Baafiro, los niños eran gemelos, tan parecidos en todo aspecto, aún tenían cierto miedo y desconfianza con Kuroin; por último, habló la niña, quien dejó la pena de lado y con orgullo dijo que su nombre era Traca gula Hirokomo. Ya sabiendo sus nombres y su edad y más importante aún, el que desconozcan de sus historias, Kuroin pensó en qué podía contarles a los niños, tenía un repertorio enorme de historias para los más jóvenes y para nuevos oyentes, pero no se decidía en cuál.

Kuroin dio unos pasos en dirección a una de sus repisas para encontrar algo que pudiera contarles, pero no se le ocurrió nada, tenía la mente en otro lado, un lugar lejano, muy distante, tanto por tiempo como por distancia, fue allí cuando dirigió su mirada a su mesa de trabajo y vio su figura de ciervo, la recogió con sus manos y la miró atentamente, se perdió en un recuerdo y uno de los niños, Traca dul Sidenfó, le habló trayéndolo de vuelta «Virló Kuroin, ¿qué es eso?». Kuroin giró su cabeza en dirección a los niños. No le respondió a su pregunta, no hacía falta, pues ya tenía una historia que contarles en donde lo explicaría. Kuroin buscó en la mesa al lado de su hamaca una pequeña pipa para fumar, se acercó a la chimenea y encendió el contenido de la pipa, se sentó en frente de los niños y empezó a relatar su historia.

El Ciervo

—La historia comienza... —De esa forma Kuroin contaba sus historias, que eran vivencias y recuerdos más que nada pero eso no importaba mucho, lo que vivió Kuroin puede fácilmente ser escrito como una aventura de fantasía. Quisiera contar más, pero eso sería adelantarme a las demás historias y momentos en los que Kuroin ha contado sus experiencias.

Notas finales

Este cuento es hasta ahora el cuento que más me ha gustado escribir, pensar e idear y creo que la principal razón de todo esto es por su estética y su mundo, soy alguien que disfruta la creación de universos y los cuentos sobre leyendas y aventuras. Puede que se noten las inspiraciones de mi cuento, que si bien se parece en algunas cosas es una creación propia lo suficientemente como para poder ser otra obra, además; sigue un camino distinto a lo que vendría siendo *Shadow of the Colossus* de quien bebe más inspiración, prácticamente es lo más resaltable, el mundo es parecido y todo está relacionado con ese juego, Kuroin siendo Wander, Rodas siendo Agro, el arco, la flecha, la espada, las tierras lejanas siendo las tierras prohibidas e incluso una gran cantidad de cosas más que beben de *SotC* pero que nunca llegan a ser exactamente lo mismo. Otra inspiración enorme para el cuento fue *Avatar: La leyenda de Aang*; aquí si saqué lo suficiente para mostrar el mundo asiático y los distintos tipos de clanes y grupos que hay repartidos por toda la Amertazara (lugar que desglosaré después), con grupos distintivos en lugares apartados pero teniendo conocimiento de todos y manteniéndose al margen de posibles guerras y ataques, un sistema geopolítico y social propio que mostré con salpicaduras y en momentos distintos del tiempo (porque como varias historias han mostrado, los saltos temporales a la hora de relatar una historia ocurren, ya es cuestión de los lectores saber en qué época ocurre lo que se cuenta). Ya en menor medida

consideraría la inspiración de los pueblos amerindios y asiáticos, una mezcla de Avatar como dije, pero con muchas cosas de la vida real incluidas. La fantasía del lugar es una cuestión curiosa, la Amertazara se parece más a la Siberia rusa que al continente asiático y eso es en parte porque el mundo se encuentra en un lugar muy pequeño para empezar, podría decirse que la Amertazara que muestro en mi cuento es el este del continente asiático y sólo una parte de él, pero el mapa es algo que me reservaré para después. Por último, les diré que soy malo para inventar nombres, pero el nombre de Kuroin me vino a la mente un día y de allí llegó la idea de lo demás, tuve ayuda de Asterix y Obelix con los nombres de los pueblos Ruraks pero sólo ellos tienen nombre latino.

Este cuento es un abre boca, una introducción, una especie de prólogo de una serie de cuentos que tendrán como protagonista a Kuroin y sus recuerdos, sus historias y vivencias, por supuesto, lo haré una vez cada tantos meses para no repetirme, pero me hace ilusión contar una historia que en mi mente es tan magnífica y tan simple como un anciano relatando lo que vivió a los niños de una aldea. En parte se me complicó un poco el poder escribirlo, este cuento necesitaba de algo que los demás cuentos no tenían y ese era el sonido, es más, si llegan a leer el cuento con música de ambiente de pueblos asiáticos con toques orquestales verán que se magnifica y más precisamente con “Roar of the Earth”, pero eso ya es para otras partes, se los juro, los enfrentamientos de Kuroin necesitan esa banda sonora. La historia del ciervo era la primera que me inventé, pues, es tan simple como las veces que estuve vagando por SotC y sólo veía a Agro ir y venir, se sentía tan tranquilo, tan bello y diferente a lo que ocurría alrededor, por supuesto, son distintos los dieciséis colosos a la gran cantidad de enemigos con los que batallará Kuroin, pero el sentimiento es el mismo, Kuroin pasaría gran tiempo en soledad (Wander pasa poco tiempo en la tierra prohibida y con un objetivo claro, Kuroin dura tres años vagando literalmente por las tierras lejanas sin saber qué vendrá y qué se supone que tiene que hacer. Distintos pero parecidos por el sentimiento de soledad y peligro ante lo que hay en ese lugar desconocido). Ahora, por qué el nombre si sólo hay el inicio de una historia y la otra ni siquiera está nombrada, esto es más simple de explicar. Lo del ciervo no quisiera mostrarlo hasta ganar más habilidad para contar experiencias íntimas, y lo del grifo, es mucho más simple que eso, escribí el inicio del encuentro y se me borró por la computadora. No tengo ganas de escribirlo por ahora pese a que sé muy bien cómo hacerlo. Y siguiendo con el tema, la pc que tengo no es la mejor y déjenme decirles que ni uso un sistema operativo de pc, uso android y a pesar de que llega a joder mucho, me he

adaptado muy bien, pero desde el año pasado, veintitrés de diciembre para ser exactos, no tengo sonido, no se me dificulta escribir, pero en serio lo necesitaba para este cuento y lo descubrirán mejor después de que cuente lo siguiente a esta historia, sin sonido simplemente me quedo vacío y como en mi hogar tengo un radio que suena música distinta a la orquestal, no puedo idear mis bases para el cuento, por esa razón y el de querer arreglar el sonido y que la placa esté desactualizada y me joda los drivers de la partición de windows que no me deja escuchar o siquiera usar el mouse hace que cada vez que intentara escribir pensara en el problema, problema que llevo arrastrando siete meses, siete meses en los que no podía escuchar nada. En serio quisiera tener una mejor excusa para no poder entregar este cuento el mes pasado pero es que casi ni pude usar la pc y mucho menos quería escribir algo que no tuviera ese algo que la música me hace sentir para poder escribir. Sin más que decir, este es el cuento de este mes.